

»de los hombres es agua, fuego y hierro, sal, leche y pan de flor de harina y miel, y racimos de uvas y aceite y vestido.»

No niego yo que estas cosas sean las principalmente necesarias para la vida, sobre todo el hierro en forma de navajas de Albacete; pero, francamente, una vida sin vino, ni coñac, ni tabaco, ni solomillos de ternera, ni azúcar de pilón, ni garbanzos, ni merluza, ni café, ni periódicos carlistas para reírse uno de íntegros y mestizos al tiempo de acostarse, podrá ser buena para los hijos de Dios, así judíos como cristianos, pero para los librepensadores, hijos del diablo, ¡un cuerno!

Ramillete de majaderías.

«Espíritus hay que fueron criados para castigo, los cuales por su saña aumentan los suplicios.»

De esta taifa predestinada debió ser el que asesinó á doña Luciana Borcino: por lo que no debe causar asombro la serie de líos, casi providenciales, que dicho asesinato ha traído á la rastra. Después de todo, si fué para eso criado el asesino por Dios, ¿por qué han de procurar castigarle los hombres? El pobrecito fué para eso concebido *abinitio*.

«El fuego, el pedrisco, el hambre, y la muerte, todas estas cosas fueron criadas para venganza.» Pues reniego del Criador, digo, del Vengador.

«Todas las obras de Dios son buenas.» Dispense usted, amigo, una preguntita. ¿También el pedrisco, el fuego, el hambre y la muerte, que fueron criadas para cosa tan fea como es la *venganza*?

Enumera el capítulo XL la mil y una pijoterías y molestias que traen al hombre amohinado los días todos de su vida, y, respirando fuerte, exclama el Sr. Espíritu Santo: «para los malos fueron criadas todas estas cosas y por ellos vino el diluvio.»

Lo que yo veo es que las enfermedades así se ceban en los malos como en los buenos, y que el hambre aún suele atormentar más á los buenos que á los malos, cuyas maldades suelen proporcionarles riquezas y los consiguientes placeres y buenos ratos. Respecto al Diluvio... ¡más vale no menearlo! ¡Sin agua que habría que revolver!

«Todas las cosas que son de tierra, en tierra se convertirán», en lo que habría mucho que decir, si aquilatásemos qué significaba eso de «tierra; y todas las aguas á la mar volverán», punto de mucho intringulis, desde que priva entre los geólogos la teoría de la desecación lenta pero segura de nuestra ilustre madre la señora Tierra; pero como jamás al encéfalo del Espíritu Santo ni de sus inspiradas llegaron nociones de tamaña delicadeza, no sería generoso cargarle en cuenta estas afirmaciones en bruto.

«Toda dádiva y toda maldad destruida será, mas la fe subsistirá por los siglos.»

¿Que la fe subsistirá per los siglos? A ver, señores, ¿quién de ustedes cree, cómo creían los griegos, que Júpiter, tras un preñado de cabeza, parió á Minerva talludita? ¿Quién, que el graznar de los gansos del Capitolio indicaba prosperidad ó desgracia, como creían los romanos? ¿Quién, que á Mahoma le lavó Gabriel el corazón en una taza de agua de Semsen? ¿Quién que...?—Pero, á qué más preguntas peligrosas?—¿Qué nocedalino cree hoy día en la virtud monárquica de Carlos Chapa, á quien no hace un año besaban, salva sea la parte, cuando les daba á besar el arcornoqueño, rey, prestamista de toisonest?

CXXVIII

Ni tanto, ni tan calvo, que se le vean los sesos, dice un refrán; no tanto amén, que se acaba la misa, enseña otro: no tanto *Eclesiástico*, digo yo, que me voy aburriendo, y esperan impacien-

tes los profetas grandes y los chicos, que pasemos revista á sus disparates. Acortaré, pues, los comentarios, encerrando en este artículo cuantas notas me sugieran los diez capítulos últimos del mamotreto greco-judáico de Jesús, el hijo de Sirach.

«¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria para un hombre, que tiene paz en medio de sus riquezas; para un hombre sosegado, y cuyos caminos le salen á derechas en todas las cosas, y que aún está con fuerzas para comer!—¡Oh muerte, buena es tu sentencia para un hombre necesitado, á quien le faltan las fuerzas, para la edad decrepita, y al que está lleno de cuidados, y al desconfiado, y al que le falta la paciencia!»

Sin nota: simplemente aprobado; ó, mejor quizá, comprobado con los miles de suicidas que diariamente ejecutan en sus personas desdichadas la buena sentencia de la muerte, que dice el *Eclesiástico*. Siete mil y pico se han dado catite en Francia á sí mismos el año pasado. Valga de noticia.

«No mires á persona alguna por la hermosura, ni quieras hacer asiento entre mujeres, porque de la ropa sale la polilla, y de la mujer sale la maldad del hombre.»

No hay duda que el mozo entendía del sexo contrapuesto, ó la parte contraria, que dice un amigo mío; pues sin ser castellano, ya sabía que en cualquiera picardía de esas que ahora son tan frecuentes, lo primero que se debe preguntar es ¿quién es ella? Porque no hay duda; lo que no se explique por una Tecla, es que no tiene explicación.

«Henoeh agradó á Dios, y fué trasladado al Paraíso, para predicar á las gentes penitencia.»

Este versículo, que es XVI del capítulo XLIV, tiene par y medio de bemoles que comentan. En

primer lugar hay que decir que esta palabra *Paraíso* no existe en el original griego, pero se encuentra en la vulgata latina, con todas sus letras, *paradisum*, lo que demuestra un fechoría eclesiástica, que convirtió una traducción en una traición. En segundo lugar hay que preguntar por el vehículo en que aquel vejstorio Henoeh fué al Paraíso trasladado. En tercer lugar hay que averiguar dónde ese Paraíso puede estar, puesto que no consta en la geografía de Eliseo Reclus. Y después de preguntadas y averiguadas estas cosas, aún queda que preguntar otra, y es, á qué diablos predica penitencia Henoeh á los que ya están en el Paraíso arreglados para toda la eternidad por sentencia firme del Omnipotente.

La Iglesia responde que Henoeh, lo mismo que *Elías*, viven aún y vivirán hasta la consumación de los siglos, esperando, á que venga el Antecristo para salir de su escondrijo y darle de soplamocos. Entonces quizá se mueran, precisamente cuando todos hemos de resucitar, cargado cada cual con los huesos que no le haya robado su vecino, ó aprovechado algún tunante en una refinería de azúcar.

*
* *

Jesús de Nave (¿Quién será este mocito?), presto en la guerra ¡Vamos, sería algún militar famoso! sucesor de Moisés. ¡Ahora caigo! Vaya, Jesús de Nave es Jesué, hijo de Nun. ¡Ni el demonio que le conociera por el nombre que le da Jesús, hijo de Sirach!

*
* *

Canta además las glorias y altos fechos y estupendos milagros de los hombres célebres de la nación judáica, cosa que debemos dispensarle, pasándola además por alto, puesto que á todos y cada uno de ellos en los respectivos lugares

los tenemos cargados en cuenta sus embolismos proféticos.

*
* *

Concluye Jesús su *Eclesiástico* con una oración, que llena todo un capítulo, de la cual puede deducirse que fué hombre que se vió en muchos y graves apuros, cuidados y peligros. Quizá se dedicase á prestamista, oficio eminentemente judío, no despreciado de los católicos, en que hay tanto que ganar, que á veces se ganan palizas descomunales, como una que dió cierto amigo mío á cierto miserable de esos que desuellan vivos á inocentes, cobrando la nimiedad del seis por ciento mensual adelantado, de la que el paciente quedó de por vida con la cara vuelta al lado izquierdo, que es donde recibió el palo único de la querrela á título de principal é intereses. Quizá se metiera á político radical y pronunciara discursos subversivos, pues indica que anduvo *errante*, esto es, á salto de mata, ó desterrado, como alguien á quien y conozco muy de cerca, que tienen empapelado en el Tribunal Supremo, que fué de Montero Ríos, y se halla en disposición de ser llevado á Torreldones, tirando al Norte, ó á Meco, como quien va á la Alcarria.

*
* *

Y con esta oración destartalada y larguirucha se acaba, como he indicado, á Dios gracias, que dicen las gentes religiosos, este famoso *Eclesiástico*, resulta un libro ni bueno ni malo, ni corto ni largo, carne ni pescado, metido distraídamente sin duda en la *Sagrada Biblia* por algún aficionado á las reflexiones tontas y á los comentarios necios, á las repeticiones huera y á la teología de bajo vuelo; pues no se encuentran en él milagros estupendos, ni espeluznantes relaciones de degüellos y carnicerías hechos en

nombre de Dios, ni resurrecciones de muertos, ni partos de Vírgenes, ni profecías inteligibles del fin del mundo, ni cosa, en suma, de esas disparatadas y ridículas que son el a, b, c, de la teología digna de tal nombre.

Con lo cual, y una buena dosis de paciencia que heredé de madre, y un poquito de entusiasmo antireligioso que viene línea recta de mi padre, y otro poquito de buen humor que he ido, después de treinta años de ausencia, á recoger en el propio pueblo, y en la casa misma, y en la misma alcoba en que nací; me dispongo á continuar estas *Notas*, metiéndome hacha en mano por la intrincada selva de *las Profecías*, á cuya entrada se alza serio y grave Isaías, con unas barbas blancas que le bajan á los calzones, y unos calzones amarillos que, en justa compensación geométrica, le suben hasta las barbas, anunciando á todos los vientos de la humana necedad el gran camelo de que, como pasa la luz por un cristal, sin romperle ni mancharle, nació en un huerto un almendro sin plantar en él almendras, según había prometido el sabio aquel que se pasó la vida pescándose con la mano derecha el pulgar de la misma, aprisionado entre el índice y el pulgar de la izquierda para mayor seguridad de que no se le escapara y... también de dar con su cabeza en una casa de Orates, lugar predestinado á cuantos se aficionan á ciertos embolismos.

CXXIX

LA PROFECÍA DE ISAÍAS

Cuentan de cierto fidalgo portugués, que cuando recordaba haber servido en la caballería de Chaues, él mismo, asustado de la valentía de aquella tropa, se tenía miedo. Pues bien, aunque yo no tenga nada de portugués, ni de asudizo, cuando me veo delante de la Profecía de

Isaías, y pienso que he tenido pachorra bastante para anotar los libros de la *Santa Biblia* que preceden á esta chifladura del hijo de Amós, yo mismo le tengo miedo á mi paciencia, capaz á lo que pienso, cuando tal empresa ha realizado, de sufrir hasta los desplantes de algún cleriguiillo lenguaráz, con tal de llegar al día de la liquidación eclesiástica, en que se han de comprobar noticias estupendas de obispos que, sabiendo tan bien como yo ciertas cosas, las aguantaban y encubren con la misma longanimidad que si fueran propios y genuinos pontífices del librepensamiento.

Entre tanto, no tiraremos de la manta más que para mostrar en camisa al elefante de los profetas, cuyo libro empieza con las siguientes palabras:

«Visión de Isaías, hijo de Amós, que vió sobre Judá y Jerusalem en los días de Ozías, de Johatán, de Achaz y de Ezechías, reyes de Judá.»

Fijate, lector, en que no dice profecía, sino visión, quiere decir, raptó de la imaginación desbordada, que precediendo quizá de una copita más de vino en la cena, era considerado por el *vidente*, ó profeta, como directa é inmediata inspiración de Jehová, Dios de variadísimo humor, y que á las veces se divertía en engañar á sus elegidos, haciéndoles tomar el rábano por las hojas.

Fijate también en que la profecía ó visión sólo reza, según el texto, con la tribu de Judá y la ciudad de Jerusalem, á pesar de lo cual, las otras tribus y las otras ciudades de Israel pagaron los vidrios rotos de la profecía, tan enrevesada y llena de viento y de metáforas, que aun en el día de hoy se dan de soplamocos los doctores católicos y los rabinos judíos sobre si se ha realizado, ó todo quedó en agua de cerrajas, respecto al Verbo divino,

Fijate, por último, en que á Isaías le tocó conocer cuatro reyes, de cuyas fechorías y desmanes ya tienes noticias; por lo cual debemos usar con el pobre vidente de alguna benignidad; pues si nosotros con un rey constitucional, de esos que ni pinchan ni cortan, andamos mohinos y coriacontecidos, al punto que de ponernos á profetizar anunciaríamos hasta la ruina de la custodia de Toledo, no debe chocarnos que Isaías, harto de las canalladas de Achaz, y aburrido de las simpladas de Ezechías, anunciase cosa más sorprendente en ginecología que el famoso parto de los montes. Porque en mi excomulgada opinión, aun es mayor maravilla parir una doncella á un Dios, que no una montaña á un ratoncillo.

Inmediatamente después de decir que ha visto una visión y que es hijo de Amós, Isaías se echa de golpe y porrazo á profetizar, poniendo el grito en el cielo y hablando de tú á la tierra, atrevimientos y exaltaciones que llaman los retóricos prosopopeyas, figuras que yo hallaría admirables en un poema, pero que puestas aquí, me resultan cursis de toda cursilería, y propias tan sólo para entontecer al lector, y hacerle tragar por revelación divina lo que sólo es la justa exaltación de un alma honrada ante la podredumbre de un pueblo envilecido.

Veamos la profecía:

«Oid, cielos, y tú tierra, escucha, porque el Señor ha hablado. Hijos crié y engrandecí: mas ellos me despreciaron. Conoció el buey á su amo, y el asno el pesebre de su dueño: mas Israel no me conoció, y mi pueblo no entendió.»

Todo esto está admirablemente dicho, tan admirablemente, que, de vivir todavía Isaías, á él y no otro le encargaría la redacción de otro manifiesto de Cádiz, si la ocasión llegase; pero dejando la retórica á un lado, no resulta un personaje de sainete ese Dios, que después de criar y de engrandecer á un pueblo, distinguién-

dole entre todos los pueblos de la tierra, tiene que acudir con las manos en la cabeza á un gran escritor, para que le redacte con elegancia sus quejas por los desdenes sufridos y sus amenazas para ver de traer á los ingratos al mandamiento que conoce el buey y cumplen los boricós?

¡Ay de aquel que no sepa distinguir aquí entre la teología y la revolución, quiero decir, entre los embolismos que constituyen la doctrina religiosa de los judíos y la grandiosa elocuencia de Isaías, que, viendo á su patria en la abyección y próxima á la ruina, procura con palabras de fuego provocar una reacción salvadora en un pueblo destinado á la servidumbre! Ni el buey de la imagen, ni el asno de la hipálage, tan cornúpeto ni tan borrico, como el mestizo que no distingue.

Truena y fulgura Isaías contra los vicios de su pueblo; dice que todo en él está podrido, y exclama en el paroxismo del dolor esta palabra sin rival en la elocuencia humana:

«Y quedará desamparada la hija de Sión como »cabaña en viña, y como choza en melonar y »como ciudad asolada.»

Muestra el desastroso porvenir de la ciudad prostituida, y, resistiéndose á pensar que no haya en ella algunos pocos buenos capaces de salvarla, viendo que todo el daño venía de la clerigalla y de la hipocresía religiosa, presta voz á Jehová y ruge de este modo:

«De qué me sirve á mí la muchedumbre de »vuestros sacrificios?—Harto estoy.—No quiero »holocaustos de carneros, ni sebo de animales »gruesos, ni sangre de becerrros, y de corderos, »y de machos de cabrío.»

Que es exactamente lo mismo que si un librepensador de nuestros días, viendo lo que pasa entre frailes y curas, monjas sacristanas, y monaguillos, con la añadidura de las beatas hipocri-

tas y de los beatos solapados y envilecidos, tomándola por el lado inocente, hiciese hablar a Padre Eterno de esta manera:

«De qué me sirve la muchedumbre de vuestras misas cantadas y rezadas?—Harto estoy de ellas y de vosotros los que las decís.—No quiero confesionarios, ni incienso, ni comuniones, ni bautizos, ni tortas dadas á los clérigos, ni triduos, ni trisagios, ni letanías, ni novenas, ni cuarenta horas, ni procesiones, ni velas del Santísimo, ni hijas de María, ni ese presupuesto del culto y clero que engorda tantos holgazanes y mantiene tantas pelindruscas.

Por fortuna, los librepensadores estamos curados de figuras retóricas, y en vez de hacer decir á Dios estas cosas, las decimos por nuestra cuenta, sin meternos en mentirigillas teológicas, porque sabemos que antes se pilló al mentiroso que al cojo.

Como se prueba en este versículo de Isaías, que hace decir á Jehová:

«Cuando veniais delante de mí, ¿quién demandó estas cosas de vuestras manos, para que viniéseis á pasear en mis atrios?»

«¿Quién demandó á los judíos esas cosas, señor Jehová, os atrevéis á preguntar?—Pues vos mismo, desmemoriadísimo señor, que á vuestro siervo Moisés le dijisteis en mil ocasiones que sin eso del sebo, y de la sangre, y de los holocaustos, y de los machos cabríos no habría para ellos salvación, sino porrazo limpio y raedura de sobre la haz de la tierra. ¡Pues sin fieros y amenazas que dijisteis en el *Deuteronomio* y otros libracos contra los que descuidasen los más nimios detalles del culto brutal que prescribistais! ¡Pues poco que insististeis en lo del sebo! ¡Si parecíais allí un fabricante de velas!

Vea el discreto lector y el entontecido católico el peligro de meter á Dios en los negocios humanos, aun tratándose de un negocio tan obscuro y

teológico como el de las profecías. Isaías, con ser el primer escritor judío, pone á Jehová en berlina, mostrándole en flagrante contradicción consigo mismo sobre punto tan claro y preciso como el de los machos cabrios, vulgo cabrones.

¡Y que el tal Isaías no recalaba, cuando de flagelar sacerdotes é hipócritas se trataba! Por si acaso no le habían entendido unos y otros, continúa bufando de este modo.

No ofrezcáis más sacrificios (á la misa sacrificio se le llama también) en vano: el incienso (¿lo oís, monaguillos, lo oís?) es abominación para mí.—Noemia (como si dijéramos, los santos patronos del mes), y sábado (léase católicamente domingo), y otras fiestas (la virgen del Pilar, la del Socorro, la de los Desamparados) no las sufriré: son inicuas vuestras juntas (¿querrá decir confradias?)

Aquí del cuento, por única anotación. Mandó una mujer á su hija á casa de una vecina, para que le pidiera prestado un cedazo claro. Llega la chica y dice: *Seña Fulana*, me ha dicho mi madre que me deje usted un cedazo claro.—Dile á tu madre que no me da la gana, ¿qué si lo quiere más claro?

¿Lo quieres tú más claro, Espíritu Sano é independiente que me lees?—Dios, en caso de que creas en él, desecha las farándulas, aborrece las ritualidades, execra los sacrificios y las majaderías del culto.—Y no pienses que ese Dios es un dioscecillo cualquiera, sino el propio Dios de los judíos, legítimo padre del Dios de los cristianos, pues San José, ya sabes que sólo fué su padre putativo.

CXXX

Después de estas palabras, eterna condenación de todos los sacerdocios y de todos los cultos, pámemma pura cuando falta, como de ordinario sucede entre gente beata, aquella firme voluntad de

obrar el bien, sin meterse en dibujos teológicos ni canónicos, que constituye la verdadera virtud. Isaías, cerniéndose en las alturas propias de las águilas, exclama, dirigiéndose á la prostituida Jerusalén:

«¿Cómo se ha hecho ramera la ciudad fiel, llena de juicio? La justicia moró en ella, mas ahora los homicidas.—Tu plata se ha mudado en escoria; tu vino mezclado está con agua.—Tus príncipes desleales, compañeros son de ladrones; todos aman las dádivas; van detrás de las recompensas.—No hacen justicia al huérfano y la causa de la viuda no entra en ellos.»

Todo esto está muy bueno, pero fortuna grande fué de Isaías vivir en tiempos en que aún no le habían salido los dientes á los tatarabuelos de Guttemberg; pues si nace por una casualidad en España, y le toca escribir en estos perversos tiempos de Cánovas, con remudas y variaciones de Sagasta, yo le fío que da con su cuerpo en una celda de la Cárcel Modelo, como tránsito á la celda de un presidio, sin que le hubiera valido para nada su título de Profeta. ¡Bonitos fiscales católicos andan por ahí, para que, no ya al inspirado, sino al propio y mismo Espíritu Santo le hubiesen pasado lo de *tus príncipes compañeros son de ladrones*, y aquello de *ramera*, aplicado á la coronada villa del oso, del madroño y de los tablados de flamenco!

«Por esto—continúa el Profeta—dice el señor Dios de los ejércitos, el fuerte de Israel: ¡Ay! me consolaré sobre mis adversarios, y me vengaré de mis enemigos.» Este Dios, que declara tener adversarios y enemigos, y que se refocila y relame de gusto pensando en sus venganzas, aunque haya obtenido el culto y el respeto de tantos millones de borricos con cara de hombres, como en el mundo han sido y son católicos integristas ó mesticeros, me parece un Dios de taberna y de bodegón, que es donde las gentes desahogan sus

malos humores por la vía de las venganzas á punta de navaja ó al golpe de cachiporra.

Pero no todo son fieros, amenazas y porrazos á plazo más ó menos largo en esta profecía. Jehová, después de descubrirle á Isaías que dejará á Jerusalen *tanquam tabula rasa*, promete restituirla á su primitivo estado, lo que parece indicar que lo de la destrucción previa, no pasa de una humorada, ó si se quiere, de una corajina.

Y se abre el capítulo II con la siguiente enormidad.

«Palabra que vió Isaías, hijo de Amós, sobre Judá y Jerusalen.»

Palabra que vió... Hasta ahora tenía entendido que las palabras no eran cosa de verse ni tocarse, sino de oírse con más ó menos claridad, pero cuando Isaías afirma lo contrario, habrá que creerle, pues por algo fué profeta, á menos que esto, como toda su profecía, sea solamente una pura figura retórica, en cuyo caso, ¿quién dirá que tenga sustancia la teología?

Pero veamos la palabra *visible*, que vió Isaías. La cual palabra es tan difusa como insubstantial, reduciéndose á significar que Jerusalen, después de destruída volvería á ser reedificada y glorificada. Lo único que en ella se encuentra que huele á profecía, es este final del versículo III.

«Porque de Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalen.»

Que muchos, más ó menos filósofos, consideraran comprobado en el hecho de ser el mundo cristiano y haber de Jerusalen salido el cristianismo.

No niego que Isaías, sin necesidad de ver palabras, ni oficiar de profeta, dijese con conciencia de lo que decía, que de Jerusalen saldría la ley, pues conociendo la superioridad de esta ley religiosa sobre el politeísmo absurdo y repugnante de los pueblos antiguos, con sólo saber que el progreso es la ley de la vida humana, tenía bas-

tante para asegurar que triunfaría el monoteísmo judío del inmundo politeísmo de los asirios, caldeos, egipcios y babilonios.

De todas suertes, á los que de esta palabra *de Jerusalen saldrá la ley* hacen un argumento, debe recordárseles que de la Meca salió el Corán, y de Roma el Código civil, y de París los derechos del hombre, y de Londres la locomora, y de Nueva York el telégrafo, que son ideas no menos grandes, ni menos humanas, ni menos generalizadas que la idea de que Cristo es Dios, tan provocadora de comorras y desazones entre las gentes.

Finalmente, que de Jerusalen saliera la ley, no es una profecía chocante, ni que exigiese mucho caletre. ¿Habían de tenerla siempre guardada debajo de siete llaves? Las leyes, como cosa que cae bajo el imperio del sexo femenino, siempre fueron un poco corretonas.

En el capítulo III, Isaías describe las amarguras de una ciudad combatida de poderoso enemigo, pintando con su natural elocuencia las extremidades de una aflicción merecida. Indica las culpas que en los varones han provocado la calamidad, y luego arremete con las mujeres, á quienes pone de oro y azul.

Oigámosle.

«Y dice el Señor: Por cuanto se alzaron las hijas de Sión, y anduvieron estiradas de cuello, ó iban guiñando con los ojos y caminaban haciendo ruido con los pies, y andaban con pasos acompasados: Raerá el Señor la cabeza de las hijas de Sión, y desnudará el Señor el cabello de ellas.»

«En aquel día quitará el Señor el atavío de los calzados y las lunetas, y los collares y los joyetes, y los brazaletes y los bonetillos, y los partidores del pelo, y el atavío de las piernas, y las gargantillas, y los pomitos de olor, y los zarzillos, y los anillos, y las piedras preciosas que

»cuelgan de la frente, y las ropas de remuda, y las manteletas, y las gasas, y las agujas, y los espejos, y los lienzos delicados, las cintas y los vestidos de verano. Y por el suave olor habrá hediondez, y por cinto cuerda, y por el cabello encrespado calvez, y por faja del pecho cilicio.»

He copiado esta larga parrafada profética, porque más que visión, parece un inventario de la indumentaria femenina, que resulta sumamente curioso á causa de su respetabilísima antigüedad. El nos enseña que ya nuestras tatarabueltas (q. e. p. d.) eran unas coquetonas de tomo y lomo, tan amigas de componerse y hacer cosquillas á los hombres, como las más arremangadas suripantás de nuestros días. Aquéllas, como éstas, se pirraban por las alhajas y vestidos; aquéllas, como éstas, hacían guiños y daban codazos á los pacíficos transeuntes; aquéllas, como éstas, llevaban á prevención pomitos de esencia para los desmayos de ordenanza. Si alguna ventaja pudiera entre unas y otras señalarse, habría que disputarla á las viejas, quiero decir, á las que fueron viejas, pues ya ni las momias de ellas quedan, por el ruido que hacían con los pies al andar, proveniente, según los más conspicuos comentaristas católicos, de sartas de cascabeles que llevaban atadas á las pantorrillas.

Verdaderamente que daría yo cualquier cosa porque esta moda se resucitara. Entonces sí que habría que oír en la Puerta del Sol y en la calle de Sevilla y en la de Peligros y la Carrera de San Jerónimo, después de la media noche. Entonces sí que sería oportuno y gráfico chicoleo, el de aquel soldado andaluz, ¡anda, tú, cascabelera!

Aparte de ésto, no le apruebo el gusto á Jehová, al enfadarse con las de los cascabeles, ni puedo creer que Isaías, á pesar de toda su fiereza, dejase de sentirse apenado al tener que profetizar la ruina de tantas pantorrillas con música.

Escolio. En vista de esto de los cascabeles en las piernas, propongo que se saque á público concurso algo nuevo, que las mujeres no hayan inventado todavía, para hacerse agradables y atrapar novios, y que al que dé con ello, se le de un millón de pesetas en premio á su inventiva, y lo propongo bien seguro de que ese millón se pudriría de viejo en el arca que se depositase.

CXXXI

Declaro con la franqueza castellana propia de mi carácter, sin ambajes ni rodeos, sin aquellas reservas mentales inventadas por los jesuitas para disculpar toda suerte de picardías, que si sólo con creer en las profecías hubieran éstas de cumplirse, me haría creyente como un musulmán y católico como un mestizo, sin más propósito que cualquiera de mis días fuese el día que se vaticina en las siguientes palabras del buen Isaías:

«Y en aquel día echarán mano de un sólo hombre siete mujeres, diciendo: Nuestro pan comeremos, y de nuestras ropas nos vestiremos: tan sólo seamos nosotras llamadas de tu nombre, quita nuestro oprobio.»

Pero, por desgracia de los creyentes, ese día venturosísimo, ese día puramente jaujero, en que siete mujeres comidas y vestidas por su cuenta, requieran á un hombre con extremos tan comprimentes como el de *quita nuestro oprobio*, es día pasado ya, pues fué el siguiente al de una de las varias ruinas que ha sufrido Jerusalem. De donde infiero que nada en el mundo me puede hacer comulgar con ruedas de molino, y que las mujeres de Jerusalem, además de tener la repoquisima vergüenza de juntarse en partidas de siete para asaltar un marido, tenían demasiadas ganas de jolgorio en tan apurado trance como el de la ruina y desolación de su patria. ¡Valiente patriotismo el suyo y valiente

honestidad! Porque siete mujeres para un hombre solo son muchas mujeres, aun no pasando la cosa del terreno de la profecía, que es un terreno movedizo y pantanoso en que nada serio puede edificarse.

Continúa el embolismo:

«En aquel día será el pimpollo del señor en magnificencia y gloria, y el fruto de la tierra elevado, y regocijo para los hijos del señor que fueren salvos.»

Este día parece ser el mismo en que las siete mujeres debían pedirle favor á un solo hombre que fuese su marido. Lo que ni el propio diablo metido á intérprete podría explicar es lo del pimpollo, ni lo de la magnificencia, ni lo de la gloria, aplicado á gentes consumidas por los turores de la guerra, que llevaban todavía señalados en las espaldas los cardenales que á latigazos les habían pintado los babilonios. Digo en caso de que la ruina anunciada por Isaías fuese la que realizó Nabucodonosor. Algunos quieren que el *pimpollo* profético sea Jesucristo, pero lo cierto es que lo mismo podría referirse Isaías al presente Juan de las Indias.

Como el oficio de profeta no conocía reglas, ni se aprendía en ninguna Universidad, cada cual de ellos tiraba cuando le picaba la tarántula de la inspiración por donde le venía en mientes desbarrando á su antojo sobre cualquier asunto, con tal que fuese oscuro y embrollado.

Por esto no deberá extrañarnos que Isaías, después de hablar en cifra de la ruina de Jerusalén y de decirnos con todas sus letras lo de las siete mujeres para cada hombre, se ponga á cantar la canción de *mi primo á su viña*, sin decirnos quién fuese este primo, ni cuál la viña esta. De todas suertes, véase la canción:

«Tuvo mi amado una viña en un collado muy fértil. Y la cercó de seto, y la despedregó, y la plantó escogida, y edificó una torre en

»medio de ella, y construyó en ella un lagar: y esperó que llevase uvas, y las llevó silvestres.»

De dónde puede inferirse que el primo no fué precisamente primo de la *cantaora* (ya que ésta parece canción para mujer) sino de la viña misma, puesto que con ella le pasó algo de lo que al otro de nuestra copla:

«Yo planté en un pecho tierno,
fe, esperanza y caridad...
y se me secó lloviendo...
ya no vuelvo á plantar más.»

Qué es lo que diría cualquiera que, no siendo primo universal, plantase una viña con tanto esmero, y se olvidase de ingertarla?

Esta viña silvestre y desagradecida le viene de perilla á Isaías para imagen del pueblo de Israel, que Jehová planta, cerca, fortifica, etc. etc., y en vez de vino le produce hieles.

Pero en vez de acusar á Jehová de bobo y descuidado á causa del ingerto, le presenta airado y enfurecido, dispuesto á derribar la tapia y la torre, y dejar libre la viña al diente de las cabras y á los pedriscos de las nubes.

Lo que constituye una nueva y elocuente demostración de que Isaías era un gran poeta y que toda profecía, bien analizada, resulta un estupendo disparate.

¿Qué Dios eres tú, podría decirse á Jehová, que necesitabas esperar á conocer á tu pueblo por las obras? Y si conociéndole, como debías conocerle antes que te crucificase el Unigénito, ¿por qué demonios le criastes? ¿O es que te entretienes en criar cuervos para que te saquen los ojos? ¿O como al protagonista de *La casa de fieras*, te gusta á tí que te den con la badila en los nudillos?

Abandonando en seguida la imagen de la viña, expuesta á borracheras. Isaías dirígese rectamente á los malvados de su pueblo, describe las iniquidades y los devaneos en que se hallan pros-

tituidos, y luego, alzándose á las cumbres de la indignación, exclama:

«Por ésto, así como la lengua del fuego devora
»la paja, y la abrasa el calor de la llama; así la
»raíz de ellos será como pavesa, y su renuevo
»subirá como el polvo. Por ésto se encendió el fu-
»ror del Señor contra su pueblo, y extendió su
»mano sobre él, y le hirió: y se estremecieron los
»montes, y fueron sus cadáveres, como basura
»en medio de las plazas. Con todas estas cosas
»no se ha aplacado su saña, sino que aún está
»extendida su mano.»

«Y alzará pendón en las naciones de lejos, y
»dará silvos á él desde los extremos de la tierra:
»y he aquí vendrá ligero y con velocidad. No hay
»en él quien se canse ni fatigue; no se adormece-
»rá ni tomará sueño, ni se le desatará el cinto
»de los riñones, ni se le romperá la correa de su
»zapato. Sus saetas agudas y todos sus arcos en-
»tesados. Las uñas de sus caballos como peder-
»nal, y sus ruedas como impetu de tempestad: su
»rugido como de león, rugirá como los cacho-
»rros de los leones: y crugirá de dientes, y cogere-
»rá la presa: y la abrazará, y no habrá quien se
»la saque. Y sonará sobre él en aquel día aciago
»como estruendo del mar: miraremos á la tierra,
»y aquí las tinieblas de tributación, y la luz se
»entenebreció por la obscuridad de ella.»

Todo esto de un Dios que, metiéndose los de-
dos en la boca, silba á modo de vaquero para que
acudan los ejércitos caldeos primero y después
los ejércitos romanos, y destruyan á punta de
espada la famosa y prometida tierra de Canaán
y se lleven cautivo al pueblo elegido, es de lo
más bonito literariamente que en el mundo se ha
escrito, y de lo más risible que teológica y pro-
féticamente en el mundo se ha disparatado.

Pero no, que más risible es lo siguiente, del
propio cosechero:

«En el año en que murió el rey Ozías vi al Se-

ñor sentado sobre un solio alto y elevado: y las
»cosas que estaban debajo de él llenaban el
»templo.»

«Serafinos estaban sobre él: seis alas tenía el
»uno, y seis alas el otro: con dos cubrían el ros-
»tro de él, y con dos cubrían los piés de él, y con
»dos volaban.»

«Y daban voces el uno al otro, y decían: San-
»to, Santo, Santo, señor Dios de los ejércitos,
»llena está la tierra de su gloria.»

En materia de visiones, esta es de lo más re-
matadamente bufo que una copa de vino ha po-
dido pintar en la fantasía de un gitano. Meter á
Dios, cuyo espíritu se halla, para los que en él
creen, repartido por la naturaleza entera, dentro
de un templecillo de Jerusalem, y allí sentarle en
un trono, de manera que dos mustaganes, que
por llamarse de algún modo se llaman serafines,
pajarracos de tres pares de alas que le tapen la
cara y los piés, dejándole el resto del cuerpo al
aire, es lo más absurdo, amén de lo más risible,
que se ha podido profetizar.

¿Qué haría el resto del universo sin Dios todo
el tiempo que durara la profecía? ¿Por qué al
buen señor de Dios le tapan sus ayudas de cá-
mara, los caballeros serafines, la cara y los piés,
dejándole el pecho y otras cosas expuestas á los
desastres de un aire colado? ¿A qué vienen los
tres pares de alas de los angelotes, no sirviendo-
les para volar más que uno de ellos? ¿Por dónde
y para qué volaban? ¿A qué poner en su boca, ya
que son pájaros parlantes, semejante patochada
de discurso?

Continuemos, sin embargo, leyendo curiosida-
des y embolismos.

«Y estremeciéronse los dinteles y quicios á la
»voz del que gritaba, y llenóse la casa de humo.»

Comprenderíase que á la voz del serafin, por
pura retórica se estremecieran, ó más propia-
mente hablando, se conmovieran los dinteles y

quicios del templo; pero lo de llenarse la casa de humo, toda la retórica de mi amigo Narciso Campillo, con ser tan liberal, no lo podría graduar de otra cosa que de puro disparate, que se explaya, dilata y extiende de la siguiente manera:

«Y dije (el que dice es Isaias): Ay de mi, porque callé, que yo soy hombre de labios impuros, »y yo habito en medio de un pueblo, que tiene los »labios contaminados, y he visto con mis ojos al »rey señor de los ejércitos.»

Realmente, aunque Isaias no hubiese dicho ninguna de estas bobadas, el universo hubiera seguido tranquilamente su marcha, y á su debido tiempo se hubiera inventado la manera de sacar azúcar de las remolachas; pero de no haberlas dicho, no hubiera sucedido esta atrocidad:

«Y voló hacia mí uno de los serafines, y en su »mano una piedrecita, que con una tenaza había tomado del altar, y tocó mi boca, y dijo: »Mira que esto ha tocado tu boca, y será quitada tu iniquidad, y lavado será tu pecado.»

Supongo que lo de la piedrecita será otra figura retórica, y que querrá decir un carbón encendido, porque de otra manera no se comprende que el serafín la cogiese con tenazas. Pero de ser una ascua, ¡pobre Isaias y que achicharramiento el de sus labios pecadores!—De todas suertes, si en el día hubiésemos de limpiar de iniquidad á los oradores por el mismo procedimiento, ¡pobre D. Emilio Castelar! ¡ni aun chamuscándole el bigote en una hoguera de la inquisición, de que veo en este pasaje el primer esbozo, y metiéndole el hocico en un frasco de nitrato ácido de mercurio, conseguiríamos limpiarle de las iniquidades que ha dicho solamente en el discurso archiministerial de D. Praxedes que acaba de pronunciar en Barcelona, donde parece que le han regalado una corona de hojadelata, digna de su monarquismo!

Pero, dejando ahogarse en el mar sin fondo de su palabrería inaguantable á D. Emilio Castelar, á quien le pasa exactamente lo mismo que al famoso doctor Paganel, de los Hijos del Capitán Grant, que estudiando el español se encontró con que había aprendido el portugués, quiero decir, que discursando en republicano resulta que hace la causa de la monarquía, veamos lo que le pasó con Dios á Isaias después que los Serafines le chamuscaron los morros.

«Y oí la voz del Señor que decía: ¡A quién enviare, ó quién irá por nosotros?»

Todo un Dios buscando un faraute con tanta necesidad es cosa para desternillarse de risa.

Y dije: (reconozco que Isaias obró como un cumplido caballero al contestar de seguida) *Aquí estoy: enoíame.*

Y dijo: (este que dice ahora es Dios nuestro señor.) (Oído, pues, al parche de la revelación.) *Anda y dirás á este pueblo: Oid oyentes, y no lo entendáis:* (Vaya un Dios amigo de tomar el pelo: manda que hablen á su pueblo y que éste no entienda el discurso) *y ved la visión, y no la conozcáis.* (¡Pues que no recarga el guasón de Jehová!—«Ciega el corazón de este pueblo, y »agrava sus orejas: y cierra sus ojos: no sea »que vea con sus ojos, y oiga con sus orejas y »entienda con su corazón, y se convierta y le »sane.»

Cuadro completo, Jehová tiene miedo á su propia mansedumbre, y, llevando el furor y la locura al extremo que lo han llevado los conservadores, con motivo de la silba piramidal que le han regalado los zaragozanos al monstruo de la presunción y de la fealdad, manda á Isaias á que ciego y entontezca á su pueblo, para que de este modo los caldeos le hagan tajaditas á punta de lanza y corte de alfanje. De semejantes Dioses y de semejantes monstruos, *libera nos domine.* ¡Quién extrañará, después de semejan-

te discurso, que yo sea librepensador? ¡Quién después de la silba de referencia, que Cánovas del Castillo pueda alzar el gallo más que entre la taifa de conservadores, tan necesitados de destinos, que si la régia prerrogativa tarda seis meses más en ejecutarse, tendrán que llevar á empeñar al Monte lo último que un conservador empeña, que son los diamantes de la señora, de quien ya Villamediana, que era de la partida dijo:

«Diamantes que fueron antes,
de amantes de su mujer!»

Nadie que tenga vergüenza y sentido común, que lo que le falta precisamente á los deslenguados que se han atrevido á insultar groseramente desde Madrid á los baturros zaragozanos. ¡Ah! ya se guardarían ellos de repetir esos insultos entre los grupos de manta al cuello y alpargata al pie del arco de Cinegio, donde hay una escuela al aire libre y gratuita de honradez y de valor, en que tendrían mucho que aprender esos señoritos de nómina y esos gorriones de salón que constituyen la crema de la partida.

CXXXII

Los anteriores disparates fueron dichos, como advierte muy discretamente el profeta, en los malaventurados tiempos del rey Ozías. Ahora nos toca examinar otros disparates, dichos y hechos en tiempo del rey Achaz, un tunantón coronado que, cuando subía á la terraza de su casa de Jerusalem, veía su reino entero, compuesto solamente de las tribus de Judá y Benjamín, enfrente de las otras diez, aliadas por añadidura con los sirios para meter en cintura al dicho rey Achaz.

A quien mandó Dios á Isaias fuese á encontrar, acompañado de un hijo talludito que el profeta tenía, llamado Jasab, para que dijese al rey no se le encogiera el ombligo delante de tales

enemigos como se le venían encima, pues Jehová había determinado que por entonces siguiera Achaz burlándose y haciendo maldades con sus súbditos.

Parece que Achaz hizo muy poco caso de las profecías de Isaias, lo cual puso á éste tan exaltado, que repleto de viento adivinatorio, para probar que Achaz vencería al hijo de Romelia, pronunció las siguientes descomunales palabras:

Por eso (quiere decir, porque á mi no me hacéis caso), *el mismo Señor os dará una señal. HE AQUÍ QUE CONCEBIRÁ UNA VIRGEN, Y PARIRÁ UN HIJO, Y SERÁ LLAMADO SU NOMBRE EN MANUEL.*

Este Manolo aquí tan sin ton ni son profetizando, ha sido, es, y será todavía por algún tiempo, la causa de las más tremendas camorras que en el mundo se han armado, y el pretexto de las mayores supercherías que se han visto en el mundo. ¡Qué de líos y jaranas sobre si vino ó si ha de venir! ¡Sobre si la Virgen quedó doncella después del parto! ¡Sobre si la virginidad retrospectiva alcanza ó no alcanza á la abuela de Manolito! ¡Sobre el papel de estraza del pobre marido de la elegida en este negocio, de suyo oscuro y embrollado!

No me calentaré yo la cabeza en anotar las mil y una disparatadas interpretaciones que se han dado á este pasaje: allá los fabricantes de dioses se las arreglen para averiguar cuál de ellos tuvo el capricho de nacer hombre, y, pudiendo hacerlo ya con toda la dentadura completa, se resignó á sufrir las molestias de la dentición y correr los riesgos del sarampión, las paperas, quebraduras, viruelas, alfombrilla y demás pijoterías que afligen la infancia; pero ya que estoy con las manos en la masa profética, quiero advertir á esos pedantes de la teología, que tantas vueltas dan á estas palabras en beneficio de embolismos, que aunque toda la reve-